

y no hay una entre todas las criaturas
que no se halle al alcance de mi mano;
vosotros, que de Dios fuisteis hechuras,
contra Dios os alzasteis, mas en vano;
y nulo será siempre vuestro esfuerzo,
que yo por siempre vuestro brazo tuerzo.

Quien piense que al influjo se sustrae
de Dios al declararse su enemigo,
sepa que al fin bajo su diestra cae
en la región eterna del castigo;
que á los brazos del vicio que le atrae
con mi poder ignoto yo le sigo,
pues el que á Dios por padre haya negado
tiene de ser mi siervo desdichado.

Sus instintos satánicos siguiendo
me obedece la fiera Rebeldía;
el desorden por mí y el mal horrendo
contribuyen al bien y la armonía;
yo, la tierra y el cielo recorriendo,
hijo de la eternal Sabiduría,
del que con luz brillaba seductora
siglos y siglos antes de la aurora,

del mal las rebeliones castigaba
mil siglos antes de que el mal naciera,
y un abismo de horror le preparaba
donde su propio afán le condujera
y á la razón rebelde sujetaba
con la ley funeral de su carrera,
pues soy el orden perdurable eterno
por quien reina el Señor en el infierno.

Por eso la discordia soberana
que el aire en torno de vosotros hiende
confunde siempre vuestra astucia vana
y negro fuego en el abismo enciende;
por eso la expiación, volando ufana,
al santo trono del Señor asciende
y logra que los tiros infernales
al hombre alivien de futuros males.

¡Ah!... por eso en la muerte del Cordero
fuiste, mal génio, tu fatal verdugo,
y el instrumento, el rústico madero,
es, fué y será, tu poderoso yugo;
por eso lloras el dogal que fiero
á tu cuello poner Satán te plugo;
por eso tus misérrimas acciones
merecen tus eternas maldiciones.

Id pues, id pues, potencias tenebrosas,
que el infiel corazón teneis abierto
y del moro en las filas poderosas
habeis de hallar vuestro querido puerto;
vé, Discordia, con alas pavorosas,
y llévales terror y desconcierto,
y al fuego horrible de tu impura tea
brille de Dios la soberana idea.

Al momento las furias revolaron,
y al salir de las nieblas del profundo,
la luz del sol purísima nublaron,
llenando de pavor la faz del mundo;
y entonces por el orbe resonaron
los gritos de Satán, que furibundo,

en alas siempre de su orgullo fuerte,
á Dios juró de nuevo guerra á muerte.

CANTO TERCERO

SUMARIO

Penetra el Rey Aben-Hut por las fronteras de Castilla.—Toma varias fortalezas y tala y arruina los campos y poblaciones de aquel contorno.—Acométnle en tropel una infinidad de castellanos, que luego son derrotados por la hueste mora, y gran número de entre ellos quedan reducidos á la condición de cautivos.—Aparécese entonces el Rey Fernando en aquellos campos y traba combate con los moros.—Aventájase á ellos al principio, mas luego su hueste cede á los increíbles esfuerzos de Aben-Hut y al superior número de los enemigos.—Combate de Fernando y de Aben-Hut.—Una fatal beldad anima á Aben-Hut á proseguir el combate, y al fin los cristianos son enteramente dispersados.—Palabras de consuelo que San Fernando dirige á sus guerreros animándolos eficazmente á proseguir en la guerra.

De las ríscosas faldas de la sierra
que media entre la Bética y Castilla,
y enrededor de aquella rica tierra,
cual bella aureola de esmeralda brilla
enorme multitud de hombres de guerra,
del corvo alfanje la mortal cuchilla
á los postreros rayos ostentando
del sol, en nube inmensa va bajando.

Un hombre hercúleo, de feroz semblante,
de ojos fogosos y marcial figura,
con resuelto ademán marcha delante
de aquella multitud, que en la apostura

del jefe y la pupila chispeante
va bebiendo su arrojo y su bravura,
dispuesta á descender en su heroísmo,
por servir á su rey, al hondo abismo.

Sí... que el mismo Aben-Hut, rey de Granada,
monarca sabio, capitán valiente,
brioso lleva la tajante espada
y de la hueste mora marcha al frente;
hace en un monte súbita parada
y, tendiendo enredor el ojo ardiente,
dice el caudillo con su voz sonora
á su fiera legión batalladora:

—Volemos á la guerra, mahometanos;
entremos por doquier á sangre y fuego
y huyan del país de los cristianos
la paz y las delicias y el sosiego;
en montones de perlas vuestras manos
hundireis con placer, y pronto luego
servidas estarán nuestras sultanas
por bellísimas nobles castellanas.—

Cual una nube de águilas radiantes
que del azul alcázar esplendente
de los cielos, las alas resonantes
batiendo, bajan en turbión potente
y á los pequeños pájaros brillantes
que por las puras ondas del ambiente
con débil ala blanda se deslizan,
arrebatan y fieras descuartizan,

así los rudos árabes, ardiendo
en la llama de horribles ambiciones,

por el áspero monte descendiendo
van en desordenados escuadrones
y acometen con ira y con estruendo
á los hombres de aquellas poblaciones,
que á rústicas faenas entregados
están á la sazón y desarmados.

Entonces se oyen todas las campanas
por la inmensa extensión de la llanura
á rebato tocar; corren ufanas
parte á tomar en la batalladura
las inflamadas hordas castellanas,
mirando huir su libertad futura,
y todos los castillos coronados
al momento se ven de hombres armados;

y con diversas armas al momento
dispuestos salen á la horrible lucha,
gritando sin cesar, en turbulento
tropel los castellanos; ya se escucha
el grito de combate, y en violento
torbellino después, con rabia mucha,
se lanza á batallar la noble gente,
desbordada cual rápido torrente.

Pero toda la fuerza que despliega
aquella multitud desordenada
que á la tremenda lid se arroja ciega
á morir ó vencer, desesperada,
al fin cede y al fin ¡ah!... se doblega
del árabe feroz bajo la espada,
que el número por sí fuera infecundo
sin el orden creador, alma del mundo.

Los castillos de aquella cercanía
caen en poder del orgulloso moro
apesar del esfuerzo y bizarría
del castellano fiel, prez y tesoro
de la España; ya todo es agonía,
sangre, desolación y amargo lloro,
y del que á cuadro tal los ojos vuelve
el corazón en llanto se resuelve.

Aquí se oye el apenado acento
de una niña infeliz á quien el brazo
del árabe, con ímpetu violento,
supo arrancar del maternal regazo;
allá se escucha el funeral lamento
con que oprimidos en convulso abrazo
dos esposos que se aman tiernamente
al morir se despiden tristemente,

y el blando suspirar de la doncella
que arranca de su hogar el moro impío,
bañada en puro llanto, cual la bella
cándida flor cuajada de rocío;
y del párvulo tierno la querella,
y del anciano el triste desvarío,
todo por el espacio se difunde
y en ronco rumor vago se confunde.

Mas un bosque de fúlgidos aceros
de repente aparece en lontananza,
y al mirarle los tristes prisioneros
abren su corazón á la esperanza.
—¡Oh! si vendrán cristianos caballeros
á quebrantar del moro la pujanza!—

pensaban dulcemente, recordando
el glorioso renombre de Fernando.

Y en efecto; Fernando de Castilla,
rodeado de bravos infanzones
y de esa hueste que á lo lejos brilla,
va marchando entre mil aclamaciones;
los ilustres guerreros que acaudilla,
valerosos y fuertes cual leones,
al ver de lejos la feroz pelea
y el campo que incendiado centellea,

al momento dan parte al soberano
que en vivo fuego celestial ardiendo,
mostrando á los guerreros con su mano,
el vasto campo del combate horrendo:
—Vamos allá—les dice—que el tirano
moro traidor, los limites rompiendo
que su reino separan de Castilla,
nuestros timbres gloriosos amancilla.—

Y al momento, cual flechas disparadas,
los castellanos van á la pelea,
y en sus tremendas fúlgidas espadas
el fuego de los cielos centellea,
y en sus radiosas frentes elevadas
la luz refleja de la santa idea
que el soberano Dios que el sol enciende
aquí en el orbe realizar pretende.

Llegan y con furor irresistible,
al volar á la lucha formidable,
del moro siembran en la hueste horrible
un pánico terror inesplicable.

Sin duda les ofrece el invisible
alto cielo su apoyo incontrastable
y ya todos auguran la victoria
y el carro ven de la radiante gloria.

Mas el Rey Abed-Hut jamás se abate;
es como el rayo del Señor, tremendo,
y del moro á su voz en el combate
estalla el corazón en ira ardiendo;
ya del cristiano tembloroso late
el pecho triste, del Señor temiendo
algún terrible singular castigo,
al mirar la actitud de su enemigo.

Cual brava sierpe de furor silbando
lánzase Aben á la feroz batalla,
y su tremenda espada desnudando
cual vidrio rompe la fulgente malla.
Como fiero aguilón, siempre volando,
á las contrarias huestes avasalla
y su legión le sigue con estruendo,
en vivas llamas de furor ardiendo.

En vano el Rey Fernando hace portentos
de valor en la lucha prodigiosa,
que se rinde apesar de sus alientos
á la contraria hueste numerosa,
y sus pocos guerreros macilentos
cayendo van cual caen en la ventosa
lóbrega tarde del Otoño triste
las hojas que en Abril el árbol viste.

Al fin los dos monarcas se encontraron
y como dos flamíjeras estrellas

sus fúlgidas espadas se chocaron,
despidiendo vivísimas centellas;
mas á Fernando luego rodearon
las huestes moras, y delante dellas
tuvo al fin que ceder el castellano
apesar del esfuerzo de su mano.

Una mora de célico semblante,
de gentil cabellera brilladora,
talle flexible, leve y ondulante,
ojos de fuego y risa seductora,
cerca está de Aben-Hut, cuya anhelante
negra y honda mirada la devora
y cuyos rojos labios despidiendo
llamas están en vil amor ardiendo.

—Conmigo ven, esclava soberana—
el rey la dice con pujante tono;—
ven, estrella; ven, luz de la mañana;
ven á sentarte sobre excelso trono,
y alfombras sólo de damasco y grana
pise tu pie con lánguido abandono,
y brillen cual estrellas los diamantes
de tu frente en los cielos deslumbrantes.—

Esta mujer hermosa, que criada
fué como esclava en castellana tierra,
del moro al fin por la potente espada
vióse libre entre el choque de la guerra,
y su ignominia por dejar lavada,
que siempre de este modo el crimen yerra,
de su antiguo señor el castellano
en la sangre empapó su torpe mano.

De esta mora la mágica figura,
los ojos y el semblante soberano,
al punto redoblaron la bravura
del soberbio caudillo mahometano,
que anhelando mirar tanta hermosura
rendida al brillo de su gloria, ufano
esfuerzos de valor tan grandes hizo
que la hueste cristiana al fin deshizo.

Cuando ordenar al fin Fernando pudo
los restos de su hueste destrozada
lejos del campo del combate crudo,
dijo con voz serena y reposada:
—«Mis queridos hermanos; yo no dudo
del favor y la gracia señalada
del poderoso cielo; que si ahora
no nos prestó su fuerza vencedora,

»fué que quiso el Señor omnipotente
la fe probar que nuestro pecho encierra
y enseñarnos que al cielo refulgente
siempre mirar debemos en la guerra,
pues el orgullo al hombre no consiente
alzar los ojos de la impura tierra,
y el Señor con suavísimos castigos
liberta del orgullo á sus amigos.

»Quizás un triunfo fácil nos hubiera
hecho dormir en brazos de la gloria
sin que el alto designio se cumpliera
del que del cielo manda la victoria
¡Oh sí!... y esa fortuna pasajera
Que arrebató á los moros la memoria

de los falaces juegos de la suerte
su caída será, será su muerte

esa falaz esclava que al rey moro
con su belleza mágica fascina
y es la alhaja mejor de su tesoro
el cielo dice que será su ruina;
y en tanto la aflicción el triste lloro
de esos cautivos que el Señor destina
á doblar el fervor de los cristianos
mantendrán el acero en nuestras manos.

Y así sigamos sin volver los ojos
nunca atrás por el místico camino
sembrado ya de flores ya de abrojos
que abrirnos quiere el Hacedor divino:
suframos nuestra suerte sin enojos
y esperemos sin ansia que el destino
la victoria nos dé que preparada
tiene al fin al poder de nuestra espada

bálsamo celestial para la herida
que los buenos cristianos recibieron
en aquella furiosa acometida
del rey Fernando las palabras fueron:
en blancos sueños descollar florida
la faz divina de la gloria vieron
y en sus hermanos míseros pensaron
los fieles y á la nueva lid volaron.

CANTO CUARTO

SUMARIO

Primera entrada de los cristianos en Córdoba por sorpresa.—Apo-
dóranse de algunas torres.—Los mahometanos acuden tumultuosamente
á la defensa de la ciudad.—Combates que se traban.—Algunos cristianos
penetran denodadamente en la ciudad y hacen prodigios de valor.—Su
capitán traba combate con Almanzor y le da muerte.—Vese al fin obli-
gado á retirarse con los suyos.—Defensa de los moros.—Perspectiva que
presenta la ciudad.—Los moros buscan un adivino y le consultan acerca
del futuro.—Vaticinios y lágrimas de éste.—Se reprende sus vicios y mal-
dades.—Angura la destrucción del reino de Mahoma y les habla del
ideal del cristianismo que Dios le habia revelado.—Pintura que hace de
la caridad y de la misericordia de Dios.—Declárase cristiano y es marti-
tirizado.—Continúa la lucha.

La bóveda del cielo ennegrecida
no brilla con la luz de blanca estrella
y en profundo silencio sumergida
tranquila duerme Córdoba la bella:
la existencia parece suspendida
del sueño al soplo en el recinto della
donde vuelan mil sombras silenciosas
envueltas en las nieblas pavorosas.

Solo de cerca del potente muro
que baña el manso Bétis cristalino
tremulento rumor, leve, inseguro
lánguido se desprende de continuo:
cual si los genios del abismo impuro
revolasen en vago torbellino
ajitando sus cuerpos impalpables
y prorrumpiendo en ecos inefables

¿serán las hordas de fantasmas vanos
que exaltada la mente anima y crea?

¿serán quizás espectros inhumanos
 hórridos mónstruos de infernal valía?
 ¡oh no!... que son guerreros castellanos
 en cuyos pechos el valor campea
 de los fuertes Ramiros y los Cides
 impeliéndoles siempre á duras lides.

En medio de las sombras pavorosas
 de la lúgubre noche van subiendo
 por sus altas escalas misteriosas
 los bravos castellanos y escondiendo
 con cuidado las armas poderosas
 ya los adarves tocan sin estruendo
 y dan gracias á Dios con alegría
 porque premió su celo y osadía.

Algunos alnogárabes turbados
 les dan apoyo de de el negro muro
 con lo cual los iberos esforzados
 ascenso logran fácil y seguro.
 Pues en el triste pecho aposentados
 ya de los moros con su soplo impuro
 los mueven la Traición el Egoismo
 el Dolo y otros genios del abismo

tocan alarma en la ciudad y luego
 vuelan de todas partes á la lucha:
 túrbase la quietud huye el sosiego,
 sordo rumor horrísono se escucha
 por las calles y plazas: arde el fuego
 de tremebunda lid, y gira y lucha
 la morisma do quiera; más es vano
 su furor y el esfuerzo de su mano.

Cual se oye y vé bullir de una colmena
 que mano juvenil incauta toca
 la alada multitud de enojo llena
 al herir al que así su ira provoca,
 tal el sordo rumor trémulo suena
 de la ciudad y tal en ansia loca
 los que al fiero combate se dirijen
 mutuamente se ofenden y se aflijen.

Apenas las murallas escalaron
 de la ciudad los ínclitos guerreros
 cuando las altas torres asaltaron
 prestos, valientes, ágiles, ligeros
 y en su increíble arrojo se lanzaron
 derribando á sus pies con sus aceros
 una gran muchedumbre de enemigo
 á franquear una puerta á sus amigos

entonces un caudillo denodado
 al frente de una brava compañía
 en la ciudad penetra y esforzado
 al ejército moro desafía.
 Entre sus filas, pasa arrebatado
 cual negro torbellino, cual bravía
 ola gigante, cual borrasca fiera
 sangre á mares vertiendo por do quiera.

En vano al verle que combate ciego
 le cercan moros mil: nada le ataja.
 El adalid volando sin sosiego
 los escudos y almetes desquebraja,
 y su espada es un círculo de fuego,
 una centella que del cielo baja

al punto mismo que veloz asciende
y que cuerpos sin fin á un tiempo tiende.

Pero el fiero Almanzor ardiendo en ira
al verle con arrojo se adelanta,
que su orgullo fatídico le inspira
el afán de domar braveza tanta:
hállale al fin y tajos cien le tira,
busca después osado su garganta,
falto de aliento con furor le oprime
y en honda fiebre por matarle gime.

Al mirar en el aire las espadas
en curvas mil girando, brilladoras
dijérase que luchan enredadas
dos serpientes de fuego voladoras;
mas al árabe ciegan desbordados
sus iumensas pasiones bramadoras
y al cerrar al cristiano entre sus brazos
siente su corazón hecho pedazos.

Con triunfo tal en la batalla fiera
ve el Adalid doblarse su esperanza
y sigue presuroso su carrera
derribando al empuje de su lanza
cuantos árabes halla por do quiera,
y á sus plantas gozando en la matanza
la horrible muerte reina del combate
sus negras alas de contento bate.

Mas luego los cristianos oprimidos
por una multitud innumerable
de fieros musulmanes aguerridos
que luchan con furor incontrastable

de la ciudad se alejan perseguidos
apesar de su esfuerzo formidable
por no dejar sus vidas y laureles
bajo el dardo fatal de los infieles.

¡Gloriosa fuga!... ¡sí!... más no por esto
la colosal batalla se suspende:
el árabe feroz echando el resto
de su valor salvaje se defiende.
De su sorpresa mágica repuesto
las torres que perdió batir pretende
y estrecha más y más al fiel cristiano
á quien guarda de Dios la fuerte mano.

Cada suspiro que arrebató el viento
más á la hueste de Fernando anima,
pues al lanzar el último lamento
piensa volar á la celeste cima.
¡Oh! ¡sí!... que el religioso sentimiento
con puro fuego mágico sublima
el alma del católico que espera
su bien supremo tras la tumba fiera.

Brilla el sol: varias torres aparecen
coronadas de nobles castellanos
y de espanto y de rabia se estremecen
al mirarlo los fieros africanos:
en su furor los aires ensordecen
con horribles conjuros sobrehumanos
y ya del negro Tártaro profundo
las tristes sombras vuelan por el mundo.

Al retumbante son de los tambores
la multitud arábica se lanza

á la lid y con gritos tronadores
hace alarde feroz de su pujanza:
hácia las torres y altos miradores
que el cristiano tomó, rápido avanza;
gimiendo de furor batalla, hiere
y entre sangre y congojas ruje y muere.

Cual torrente feroz que se derrama
de la empinada cumbre de la sierra
y que en horrendo son potente brama
llenando de pavor toda la tierra,
la multitud morisca que se inflama
al escuchar los sonos de la guerra
en confuso tropel vuela sin tino
á morir ó vencer que es su destino.

A un castillo fortísimo acomete
y su puerta vacila, tiembla, cruje
al furibundo golpe del ariete
feroz lanzado con tremendo empuje:
logran al fin desquiciarla y arremete
con infernal furor y ronca ruje
y va doquier sedienta de venganza
cebándose cruel en la matanza.

Aquí dos esforzados campeones
con furia asidos forcejando ruedan
y en súplicas á Dios ó maldiciones
sus roncós ecos estentóreos quedan:
mas allá dos fortísimos varones
como sierpes coléricas se enredan
y se oprimen, se estrechan, se maltratan
y á pedazos la vida se arrebatan.

¡Sangre aquí... sangre allí... hierros partidos
rotos huesos y fúnebres despojos,
manos crispadas, cráneos divididos
tan solo ven los espantados ojos,
y entre mares de sangre sumergidos
en inmenso montón los cuerpos rojos
y los corvos aceros relucientes
de aquellos valerosos combatientes.

.
Los árabes al ver prodigios tales
de valor en las huestes de Castilla,
viendo brotar en sus presentes males
de desastres mayores la semilla
pensaron en los mundos celestiales
donde la antorcha del futuro brilla,
que siempre la desdicha el desconsuelo
los ojos hace levantar al cielo.

A la sazón en Córdoba un anciano
de alta ciencia y virtud rara vivía:
su mente iluminaba el soberano
resplandor de la mágica poesía;
su ardiente corazón el sobrehumano
espíritu profético encendía
y con fulgor divino su ancha frente
brillaba como estrella refulgente.

Su prodigiosa ciencia recordaron
en su gran confusión y gran apuro
los caudillos de Córdoba y pensaron
pedirle luz acerca del futuro.
Fuéronle á consultar y le cercaron
formando en torno del espeso muro

del mismo modo nobles que pecheros
labradores, artistas y guerreros.

¿Porqué venís, les dice el adivino,
de mi numen fatídico en consulta?
¿porqué buscáis las luces del destino
cuando la cruda suerte nos insulta?
¡Ay, ay, que bajo inmenso torbellino
de polvo y roja sangre se sepulta
nuestro reino!... ¡verted mares de llanto
y nunca más resuene vuestro canto!

Mucho anunciaros las desdichas siento
que os restan que sufrir... falaz fortuna,
pues recuerdo que henchido de contento
cantaba al pie de vuestra dulce cuna.
¡Oh! de un viejo pensad que el triste acento
la voz cascada y lúgubre importuna:
pensad que lo que tengo que deciros
por lo mismo que os amo ha de afligiros.

Temblad vosotros que sondear quisiste
los abismos recónditos del cielo:
temblad, temblad, porque mi acento triste
sólo inspira dolor y desconsuelo;
y pues con mano audaz os atreviste
á alzar, amigos, del futuro el velo,
mirad ese gigante que la tierra
lleno... ¡fúnebre nicho ya le encierra!

¡Oh mundo, oh mundo tan mudable y vário!
nuestra nupcial fulgente vestidura
se ha convertido en funeral sudario
y el tálamo en hedionda sepultura:

apagóse la luz del santuario
y tronando cerró la noche oscura
¡ay!... que los mas osados ya cayeron
y de lodo la frente se cubrieron.

De Mahoma el imperio floreciente
que como el astro de oro y de rubíes
alzó gigante la radiosa frente
donde azucenas rosas y alelíes
va vertiendo la aurora refulgente...
¡Oh tristísimo don de los zahoríes!
Mahoma el fuerte retemblando cae,
que ya en su seno la ponzoña trae.

Nuestras bellas ciudades populosas
exornadas serán: sus duras penas
con lágrimas de sangre venenosas
los moros llorarán entre cadenas,
y quizá nuestras tribus valerosas
del Africa en las ignitas arenas
solo podrán hallar candente lecho
sin abrigo ni hogar, ni luz, ni techo.

Llorad, hermosas damas que vestidas
de oro y brillantes perlas os mirais
y cual puras estrellas encendidas
en luz divina al sol desafiáis,
que en lágrimas amargas convertidas
esas perlas serán que tanto amais.
Llorad, que ya sucumbe nuestro imperio,
y se acerca el horrible cautiverio.

¡Desdichados los hijos, desdichados
los que hayan de salir de vuestro seno!